sentencia, Bel entró en el buque, tomó mi mano y me condujo fuera; me condujo fuera y me hizo llevar á mi mujer á mi lado. Él purificó el país, estableció un pacto, y tomó al pueblo bajo su protección.»

Nótase en esta leyenda un gran parecido entre el dios *Nuah* y *Noé*. ¿Se habrán cambiado estos nombres? *Nou* es también en egipcio el nombre del Occéano, de las aguas que cubrieron la tierra en su principio. Ha habido una antigua raíz en *n*, para expresar *agua*, *humedad*, *inundación*, que á la larga se ha convertido en *m*. Sea lo que quiera de esto, lo principal es que *Bel* es el gran dios que dicta sentencias y las cumple por medio de los otros dioses inferiores. Todos tiemblan, todos lloran, todos ruegan; hasta que Bel se calma, la tempestad no cede. ¿Qué significa esto sino la supremacia de Bel en el panteón semítico?

El hebreo *El* hace lo mismo: ¿Quién es el que habla á Noé? ¿Quién dispone el diluvio bíblico sino *El*, el eterno, el Dios creador, porque *Jehová* no figura todavía en el Génesis?

¿Podrá negarse tampoco la supremacia antigua del *Alah* de los árabes, que no es sino otra forma del mismo *El*?

En el panteón semita, *El* es lo que Dyaus, en el indo-europeo. Son las dos onomatopeyas separadas haciendo su evolución aparte.

En las *Inscripciones griegas y latinas de Siria*, de Wadington, se hace mención de los monumentos del culto de *Kronos* que era como los griegos llamaban á *El*. En las colonias fenicias y en Cártago existía su culto, cuya antigüedad se revela en los *Beth-el* ó casas de Dios, santuarios de piedra que se consagraban con aceite ó sangre. El pueblo que edificaba estos *Beth-el*, era el teraquita de donde salieron los Yksôs ó reyes pastores del Egipto.

Más tarde, estos monumentos megalíticos tuvieron sus leyendas y sobre ellos se levantaron altares que son los ba-moths de la Biblia «los altos lugares». Esto basta para probar la alta antigüedad de *El*.

Los hebreos tuvieron, como todos los pueblos de su raza, el culto de *El* hasta que lo cambiaron por el de *Jehová*, después de la salida en 1320, durante el reinado de Menephtah, sucesor de Ramses.

III.

DIOSES HEBREOS.

JEHOVÁ, ELOHIM.

El nombre de Jehová ha preocupado mucho en todo tiempo á los sabios. Las hipótesis de Eichorn y de Vater, suponiendo que estos nombres de *El* y de *Jehová* habían sido conservados, cada uno en una tribu diferente, no parecen destituidas de todo fundamento. Los inconvenientes, que á esto opone Miguel Nicolás, son de poco peso, pues aunque en ciertos capítulos del Génesis, se nombre á Dios, *Jehová-Elohim*, en nada se perjudica aquella conjetura, porque pudo muy bien el autor del Génesis, conocedor ya de los dos nombres después de su fusión, usarlos reunidos.

Manethon hace de Moisés un sacerdote de Heliopolis, en cuyo caso, podría ser Jehová un nombre misterioso conocido sólo por el alto sacerdocio egipcio; pero todo induce á creer que es un Dios semita, de muy antiguo reverenciado en Israel, si no en todas las clases, por lo menos entre algunas familias escogidas; esoterismo religioso bastante frecuente en la antigüedad, y que Moisés tuvo el mérito de hacer popular. Así, este profeta pudo decir á su pueblo, que Jehová era el mismo Dios de Abraham, de Isaac y de

Jacob, pero que este nombre «no se les había notificado á ellos.»

Es lo cierto que las dos tendencias representadas por los dos cultos de *El* y de *Jehová* vienen luchando contínuamente en toda la historia de Israel. Nótase por primera vez la oposición al culto unitario de Jehová en la adoración del buey de oro, en el desierto. El pueblo hebreo estaba tan acostumbrado á representarse y adorar la fuerza creadora de *El*, en forma de buey ó toro, como todos los de su raza; así, que el mismo Aarón, á pesar de hallarse revestido ya del manto y del *ephod* de sumo sacerdote, muy lejos de sospechar las elevadas miras de su hermano, mandó fabricar un toro de bronce que representase al nuevo Jehová.

Conócese por este paso atrás, que los hebreos, como los hamonitas á *Moloch*, los moabitas á Kamos (1), y los edomitas á Orotal (2), adoraban su *El* en forma de toro desde muy larga fecha (3). Los nombres propios revelan también este pasado sumido en la idolatría. El mismo Gedeon, que es uno de los buenos jueces, se llamaba *Jerubaal*, es decir, temeroso de Baal. Todos sabemos lo que pasó en el reino de Samaria y las continuas caidas de Judá, á pesar de los profetas y de los castigos. Se ve en todo esto una religión distinta de la de Jehová que había logrado echar raices profundisímas que no pudieron ser arrancadas hasta el fin. Parece, al lado de esta superstición popular, el culto de Jehová, un culto aristocrático y dominador. Sin embargo, El y Jehová vivieron juntos en paz, durante miles de años, tolerándose mutuamente, por-

---

(1) Kam-os=Jam-os.
(2) Oro-t-al=Ero-al, luz y fuego.
(3) Exodo, cap. 32, v. 5

que en el fondo y al principio, fueron una misma cosa. ¿Quién pudo haber sido el que causó la ruptura, el que tuvo la idea de hacer de Jehová un Dios exclusivo, único y celoso, el que se elevó en fin á la noción sublime del verdadero Dios? ¿Abraham? ¿Moisés? No es posible saberlo. Acaso una familia se transmitió el secreto de la unidad original de todos los dioses, participando únicamente el misterioso secreto á sus primogénitos con el santo y seña de *Jaavah*, la onomatopeya del soplo. Movers y otros afirman que *Javeh* es el Dios supremo de toda la raza semítica.

Hay en ella, en efecto, una reminiscencia de la antigua importancia de la forma espirada; pero es menester confesar que, á excepción de los hebreos, en cuyo seno la hizo revivir el genio de Moisés, los semitas han dado el privilegio y la supremacia religiosa á la otra forma de la onomatopeya, al *ber*. Entre los aryas alternan las dos también, pero llega á triunfar, al menos en el nombre genérico de Dios, la corriente evolutiva de la onomatopeya espirada. Por eso el oráculo de Apolo de Clarós, recogido por Macrobio, y que no es por cierto, como aseguran Lobeck y Movers, ninguna obra apócrifa de gnósticos, dice que *Jao* es el más grande de todos los dioses, la divinidad suprema:

Dic omnium deorum supremum esse Jao.
Quem hieme Orcum dicant ineunte autem.
Vere, Jovem.....

Wilkinson, de acuerdo con Hoffman, ha hecho resaltar la relación que existe entre los nombres de Jehová y *Javo*, forma primitiva del vocablo *Jovis*, Júpiter. El grito de las bacantes *Evo-heh*, parece inversión de Jehová.

Como la mayor parte de las lenguas primitivas, el hebreo ha heredado una porción de palabras,

nombres, pronombres y verbos que deben su constitución á la onomatopeya del soplo. Todo lo que tenía vida, animación, movimiento propio, como un sér vivo, un animal, el alma ó la vida misma, se expresaba con algunas de sus formas: *chajah*, *jahâph*, *hou*, etc. Era natural que el verbo ser, que indica en todos los idiomas la idea de existencia manifestada en la respiración, se expresase en hebreo por la misma onomatopeya; así, *haiah*, *habah* es el verbo ser, respirar, vivir, y como una consecuencia de esto, las ideas de poder, grandeza, fortaleza, suelen tener la misma composición, si no son tomadas de la otra onomatopeya del calor; por eso *Yahouh* significa el Fuerte, *Schadai*, el Creador, etc. Es claro que todo esto había de establecer una confusión grandisíma entre los exegetas, al tratar de averiguar el origen del nombre *Jehová*. Como Jehová, leido de las diferentes maneras que puede leerse, era casi idéntico á *havah*, ser, vivir, respirar; á *iahouh*, el fuerte, y á *haiah* y *haouah*, otras formas del verbo ser, se creyó que Dios mismo había sacado su nombre, del verbo hebreo, para confirmar la idea de su existencia eterna, de su fortaleza y de su poder. De aquí salió también el *Ehieh ascher ehieh*, yo seré siempre el que seré, por la preocupación de ese significado verbal. Y sin embargo, Jehová representa más que todo eso, y es más antiguo que las formas del verbo hebreo: Jehová no siempre se pronunció así; nadie sabe hoy cómo se pronunciaba en tiempo de Moisés. Se cree que antes de la puntuación de las vocales, el tetragrama místico se leía probablemente *Jahveh*, casi lo mismo que *havah* el verbo ser ó vivir; y sólo cuando empezaron á puntuarse, se leyó *Jehovah*. A juzgar por la contracción *Jah* de los salmos, el nombre pudo haber sidó como quieren otros, *Yahouh*, y en un principio á caso *Jah-Jah*, desfigurado después por esa tendencia á confundirle con los tiempos del verbo, que tanto se le parecen, por haber salido como él de la misma onomatopeya. De todos modos, y como quiera que se haya pronunciado, aun ateniéndonos á lo más admitido, al nombre de *Jabeh*, esta forma no sería más que otra de tantas de la primitiva espiración: *Ja-av-ah*. Su identidad con los otros nombres divinos que deben su formación á la onomatopeya del soplo, será un hecho desde hoy. Pero hay más; nosotros no podemos conformarnos con la lectura que se ha hecho de este nombre y que da por resultado la forma *Javeh;* no; porque la segunda mitad del tetragrama místico, cuyos dos signos pueden pronunciarse *iah*, es una terminación común en los nombres hebreos, que ordinariamente no tiene otro objeto que aumentar el sentido de la raíz, de modo que estos signos unidos a nombre *Jah*, tal como lo escribía David, nos darán la forma Jahiah, con el significado literal de Ser Supremo ó de gran Ser.

Siendo *iah* una desinencia postiza, designando grandeza y aumento, el *Hah* ó *Jah* de los salmos es el verdadero nombre antiguo, anterior á la existencia del hebreo, y todas las lecturas que se han hecho del tetragrama para aproximarlo piadosamente á las significaciones de *Fuerte* y de *Viviente*, han sido otras tantas equivocaciones.

Todo el error estriba en el modo de analizar esta palabra: si se supone, como se ha supuesto, que el primer signo del tetragrama, empezando por la derecha, que es como se lee en hebreo, es una simple letra *i*, equivalente al artículo griego *ó*, y á nuestro *el*, los tres signos siguientes dan la lectura: *haïah hauah*, que es el verbo ser, respirar, vivir, en cuyo caso sería la traducción: *el ser*, el que es, el que vive, el *viviente*, y el fuerte, (iahouh). Pero la ruptura que se hace del te-

tragrama en ciertos salmos y en la palabra *alelu-yah*, prescindiendo de los dos primeros signos, más que una contracción, parece una reminiscencia del más antiguo y simple nombre de *Yah* ó *Jah*.

De todos modos *Jehová*, como quiera que se considere ó se acepte la lectura: *Javeh*, *Jah-iah* ó simplemente *Hah*, queda reducido al soplo primitivo.

A pesar de la importancia exclusiva, atribuida á Jehová, es preciso reconocer que el dios tradicional y popular entre los antiguos hebreos había sido *El*, en sus diferentes formas: El, Eloim, Eloë, Eliom, Elohim, que pueden verse en las divinas escrituras, así como las de Jehová, *Eiech* y *Ya*, que suena en la última sílaba de Aleluya, y los nombres de Cristo: Jesús, Soter, Enmanuel, *Bel*, (que se tradujo malamente por *vetus*) y *Brachiü* «quia in ipso omnia continentur,» como dice San Isidoro (1).

El, es el creador; es el nombre puesto á la cabeza de la Biblia y que comienza nuestra evolución religiosa con la célebre frase: *Elohim vara*, que muchos han traducido: los *dioses creó*, por creer aquella terminación plural, prefiriendo este contrasentido que dejaba libre vuelo á la imaginación de los teólogos para ver allí una alusión profética de la Trinidad, al más razonable parecer de otros que veían en el mismo signo, solamente, una expresión de cantidad y grandeza compatible con el genio de la lengua, y usada, sin que pudiera entenderse de otro modo, en varios nombres propios.

Realmente, aquella extraña frase necesitaba una explicación. Su autor, que no es ciertamente el del *Génesis*, libro compuesto de dos corrientes tradicionales diferentes, debía estar bien ajeno del sentido en

(1) San Isidoro, Etymol, lib. 8.º, pág. 119.

que se había de tomar después. *Elohim*, para él, era el dios en singular de los hebreos, como el *Elim* de los cartagineses, el *Hēlios* de los griegos, el *Ylah* de los árabes ó el *Baal* de los fenicios; pero por una porción de coincidencias, muy explicables á causa del origen idéntico de algunas voces, el nombre de Elohim llegó á perder su número y su significado.

Hemos visto que las dos onomatopeyas que dieron nombre á los dioses, sirvieron también, por analogía y asociación de ideas, para formar una sucesión de palabras indicando todo lo que pudiera tener algo de espíritu, de vida, de crecimiento, de grandeza, de elevación, etc., así los nombres de los reyes, fueron parecidos á los de los dioses, y se llamaron *Ten-gli*, los jefes; *sar*, *rajah*, *melech*, *pir-ha* los reyes y los emperadores; todas, variantes de los mismos sonidos primitivos. *El* significó, además del nombre de Dios, todo lo que era fuerte y elevado como Dios; se decía por ejemplo, *arce-el*, de un cedro elevadísimo, y *harre-el*, de una montaña muy alta. No es extraño, pues, que el pueblo y los mismos sacerdotes después, hayan creido que el nombre de su Dios *El* significaba el *fuerte* ó el *muy alto*. La casualidad de haber en la lengua hebrea una desinencia *im* para expresar el plural, como nuestra *s*, hizo que se tomase por plural el nombre *Elohim*, habiéndose olvidado del origen compuesto y singular de su sonido; y esto era natural en unas gentes en cuyos oidos sonaba siempre la terminación *im*, como plural. La costumbre, también, de ver y oir separados el nombre *El* por un lado, y la espiración *Jah* por otro, contribuyó á que, al encontrar escrito el nombre de Elohim en tiempos posteriores, lo tomasen por plural y tradujesen «los dioses.» Y la prueba es, que hay otras formas idénticas, *Eliom* y *Eloë*, Dios, en singular.

Lo anómalo del pasaje se explica por esta confu-

sión, habiendo tomado como desinencia del plural, lo que es una antiquísima forma de la onomatopeya del soplo. Restituyendo al singular el nombre de Elohim, se hace la traducción del texto bíblico de un modo regular: el espíritu de creación, el soplo animador de la naturaleza, Dios, en una palabra, en sus dos grandes acepciones primitivas de espíritu y fuerza expansiva y productora, *vara*, creó. Obsérvese en este *vara* hebreo, con su significación de crear, el mismo origen onomatopéico, el *ber*, y véase lo que hacen dos diferentes evoluciones: recuérdese la forma *Jum* de los turanianos del Norte, y compárese con este *him* hebreo, al mismo tiempo que la otra forma *Jum-ala* con *Elo-him*, y podrá verse que no hay más que un cambio de anteposición en los cuatro sonidos. En una evolución tan larga, la debilitación de las vocales no supone nada. Pronúnciese el nombre hebreo, *Ala-jim*, y el turaniano *Jim-ala*, y es la misma cosa puesta al revés. Unase á esto ahora la idéntica significación que, de Dios supremo, tienen estas dos palabras en las dos razas, y dígase, si es posible presentar una mejor prueba de su origen común. *El* era también adorado en Byblos por los fenicios, y en las inscripciones himiaríticas se ha encontrado su nombre (1). Filon reconoce en *El*, al griego Kronos, pero Max Muller renuncia á esta etimolagía, porque es rechazada por Fleischer y otros semitófilos. Sin embargo, será preciso volver á ella. Se ha dicho ya que los que no conocen más que una sola familia de lenguas, son, como los que no conocen más que una lengua sola, y ahora podemos añadir, que los que sólo comparan las religiones y mitologías de una misma raza, no pueden tener voto para juzgar de la identi-

(1) Osiander; *Revue de la Societé orientel alemande. X*, pág. 61.

dad de dos divinidades lejanas. ¿Cómo había de sospechar Fleischer el tránsito *de berojan* ó de *Elo-him* á Kronos? Sin salir de las lenguas semíticas le sería imposible; y hemos visto, no obstante, de qué manera se verificó.

La etimología de *Eloah*, por ser la misma de *Allah*, ha sido muy discutida por los sabios orientales y europeos.

El Kamus dice que había veinte opiniones respecto de ella, y Mahomet el Fasí cuenta hasta treinta. Kuenen (1) adopta la etimología de Fleischer como la mejor y dice que *Eloah* viene de una raíz *al*, intermediando un *vav-av-al* que significa sólido, espeso, fuerte. Se duda entre esta y otra raíz *alah*, que significa ser agitado, confundido, y tiene el significado de temor. Por éstas puede juzgarse de las otras. Siempre las mismas vacilaciones, siempre las mismas dudas, porque estas supuestas raices, encontradas en las propias lenguas, no son, si bien se mira, tales raices, sino monosílabos, verdaderas palabras que han tenido ciertamente el mismo origen que el nombre de los dioses, pero que han recibido otros significados por la asociación de ideas, y nunca pueden dar luz, más que á medias, ni probar con exactitud una etimología. En lugar de ser ellas, raices de los nombres de los dioses, son en cierto modo originadas por ellos. Las verdaderas raices están en los mismos nombres divinos, porque son ellas el *verbo*, Dios, los dioses mismos. Se ha venido procediendo al revés completamente.

(1) Kuenen, *Le culte d'Israel*, pág. 45.

IV.

DIOSES FENICIOS.

De muy antiguo, las influencias egipcias y fenicias se habían compenetrado; Isis va á buscar á Byblos su perdido consorte, y una cabeza mística era llevada por mar, desde las riberas del Nilo á esta ciudad, en las fiestas de Adonis. Suponían los fenicios que su teología fuera revelada por el egipcio Tot, si bien el dios Sur-Mohelo (1) habíala expurgado de las alegorías, algunas generaciones después. Sin embargo, en el fondo, la mitología fenicia permaneció enteramente semita.

Una porción de Baales se repartían el culto nacional. *Baal*, que es otra forma de *Bel*, era adorado en todos los paises semitas con muy distintos epítetos: Baal-Peor, Baal-Schámayin, Baal-Samen, Baal-Zebub, que es nuestro famoso *Belzebú*, y era entre ellos el dios de las moscas. Esto es interesante. Las moscas se producen con el calor; parece que salen de la nada por generación espontánea, por obra y gracia del calor. Los fenicios debían recordar algo de esta importancia del calor en los orígenes, porque dice Filon: «cuando se hacía excesivo, las *antiguas razas de la Fenicia* levantaban sus manos en el aire con dirección al sol.» ¿Era una especie de acción de gracias por aquella manifestación extraordinaria de su fuerza? ¡Ah! sí; seguramente adoraban todavía al sol, como fuente del calor universal y por lo tanto, causa de toda vida, y á Baal-Zebub, como el ser productor, y representación ó imagen del calor que anima, vivifica y hace bullir el fango mismo con millares de insectos, en prueba de su fuerza creadora,

(1) Porfirio, ap. Euseb., Præp evang., lib. 1.º (Mohelo=Moholo=Tártaro?)

que se hacía más visible y realmente popular en la producción de las moscas. Y este es el secreto primitivo de todas las mitologías, y esta será siempre la causa eterna de todas las religiones: la vida, el movimiento, la animación, incomprensible siempre y misteriosa. ¿Se hace todo esto por sí mismo? ¿No hay quien lo haga? ¡Ah! sí, lo hace el calor, ha dicho el hombre primitivo al observar la ley: á mucho calor mucha producción, á poco calor poca producción. De aquí la consecuencia perfectamente lógica: el calor es la vida, es la animación y la manifestación de Dios.

El, *Bel*, *Baal*, *Hêlios*, *Elim*, *Allah*, *Ylah*, *Jumala*, *Tengri*, *Tangaroa*, *Pardjania*, *Varuna*, *Kronos*, y todas las otras formas secundarias de estas y otras muchas que examinaremos, son el calor, expresado por su onomatopeya. Con este método se ve todo claro en el desenvolvimiento del lenguaje y de la mitología. ¿Quién sería capaz de hallar sin él la clave del parecido, por ejemplo, entre la palabra hebrea *Aleluya* y la americana de los Dacotas *Hele-li-la*, ó la explicación de la latina cœlus? El tiempo y la distancia nada suponen para el parentesco de las palabras. El sacerdote israelita ó el católico, cantando la *Aleluya*, se refieren sin saberlo al mismo pasado común que el hechicero Dacota, entonando el *He-le-li-la*, cerca del enfermo, para expulsar de él los malos espíritus. Las palabras *Aleluya* y *Helelila* contienen, con los sagrados sonidos del origen religioso del hombre, una especie de poder mágico, debido á la veneración de lo antiguo, que alegra el corazón, alivia el espíritu y libra del mal. *Cælus* es el *Ja-er* primitivo: *Ha-er*, *Jeer*, *Kæ-el*, *Cæ-el-us*.

El cielo tiene, por todas partes, el nombre de Dios.

Ese gran *Bel* de Babilonia, sobre cuyo altar revestido de oro se quemaba incienso por valor de miles de talentos, forma como el núcleo de todos los demás *Belos*